

LOS RESULTADOS ELECTORALES NORTE- AMERICANOS

Rápido cesaron los escasos comentarios —casi todos de Agencias internacionales— de la prensa caraqueña sobre las elecciones generales norteamericanas del martes 5 de noviembre, que elegían Presidente y renovaban la Cámara de Representantes y el poderoso Senado de esa nación. La verdad es que ha sido una lástima tan poca información escrita, porque escrutados con acuciosidad esos resultados electorales son realmente preocupantes. Veamos por qué.

La primera preocupación tiene que ver con el ojo (y consecuentemente la boca y la pluma) de los comentaristas, tanto de la prensa escrita como de los medios audiovisuales. En efecto, ellos **interpretan** la disonancia de los triunfos: Bill Clinton atornillado en la Casa Blanca y los Republicanos —**estos** Republicanos, no lo olvidemos— con 10 representantes más de los que tenían y con 2 senadores más (en ambos casos a costa de las correspondientes pérdidas de los demócratas), como un signo de que la población votó por el equilibrio y la moderación. Me parece que aquí hay un peligroso error de apreciación.

En efecto, ningún resultado electoral, ni en los Estados Unidos ni en ninguna democracia del planeta, se presenta en un vacío, sino siempre lo hace en una situación que en el fondo, es la que lo provoca, lo genera. Por ello, ¿qué quiere **realmente** decir que, en el escenario —desagradablemente público y publicitario, gracias a la omnipresente televisión norteamericana— de duros enfrentamientos y ataques mutuos, a ratos de franco acorralamiento a la función presidencial, el electorado haya querido que todo siguiera igual? ¿Puede ser esto interpretado como que se quiere el equilibrio y la moderación? ¡Por Dios!

Pero supongamos que sí, que contra todo lo que ahora se hace evidente, lo que la gente **realmente quiso** fue imponer el equilibrio y la moderación; entonces, estamos ante un caso admirable de algo que apuntó, hace ya décadas, el sociólogo Robert K. Merton: la distancia —a ratos, el abismo— entre las “motivaciones subjetivas”, en este caso, de los electores, y los “resultados **objetivos**” de sus acciones. Creo que para cualquiera es evidente que lo que viene es un incremento de la crispación política, no el equilibrio ni la moderación!

Más aún, hay un pequeño dato que la inmensa mayoría de los analistas olvidan: después de este período no hay otro para Bill Clinton; por lo tanto disminuyen, sensiblemente sus razones para ceder y para —Gingricht dixit— “realizar un

programa de gobierno republicano”. Si encima, ese Programa, en la persona de Bob Dole, fue rechazado contundentemente por los electores que cuentan (los de los estados más fuertes y poderosos de la Unión), el mensaje que Clinton procesará bien puede ser el **contrario** del que muchos creen. Finalmente, los demócratas han recibido una votación contundente —de los hispanoamericanos, por ejemplo— de grupos que esperan, ansiosa e impacientemente, que su labor se **disocie** de lo que ha venido siendo la retórica republicana.

En otras palabras, que estos resultados concluirán en algo, pero para hacerlo, antes han de ser **procesados** por sus protagonistas. Sin embargo, como ya lo anotara en su tiempo el eminente profesor de la Universidad de Yale Charles Lindblom, nunca el procesamiento de los datos que le llegan al sistema político se realiza ni en un solo ámbito ni por un solo actor. Ello quiere decir, entonces, que en la escena norteamericana mucha gente interpretará lo que ha pasado y es la suma, a veces tormentosa, de esas interpretaciones la que será decisiva.

¿DÓNDE ESTÁN LAS FUERZAS?

Quizás todavía sea muy temprano para analizar minuciosamente algunos datos y sus **posibles significados**. En cualquier caso, por el momento no disponemos de ellos. Lo que intentamos, pues, se mantendrá, necesariamente, en el campo de las **hipótesis**.

Ya sabemos, por ejemplo, que el 72% de los votantes hispanos sufragó por Bill Clinton, frente a un escaso 21% que lo hizo por Bob Dole. Esos votantes, empero, ¿fueron consistentes luego? Los datos ¿permiten suponer que claramente percibieron que un Bill Clinton con un Congreso atado al carro republicano, le paralizaría? Parecería que no, que en cualquier caso los votos por los congresantes mostraron **disonancia** con los sufragios para la reelección. Por lo demás, cuando uno conoce que **toda** votación en USA es uninominal, sabe que las posibilidades de que el voto por el candidato

Antonio Cova

arrastré el voto por el congresante, son escasas. Hay más en relación con este asunto. Esos votos por la reelección de Clinton, ¿se esparcen por múltiples territorios, o se concentran en unos pocos? Parecería que se han concentrado en zonas específicas, en este caso en estados muy populosos. Eso explicaría, entonces, cómo puede haber mucho votante favorable a los demócratas y sin embargo mucho congresista republicano. En el caso del Senado, esto parecería ser evidente.

¿Y por qué esta insistencia nuestra en la fuerza que se expresa en el Congreso? Pues por una razón básica: el *modus operandi* del sistema político norteamericano. Entre nosotros el Congreso dicta leyes y queda al Ejecutivo el implementarla. En los Estados Unidos no. Allí el Congreso pauta cómo, en cuánto tiempo, de qué modo cada una de esas leyes debe ser implementada. De allí el poderío de sus distintos Comités y, por la forma como ellos trabajan, de quienes los presiden. Al ser las designaciones de cabezas de Comité un asunto de antigüedad (la conocida *seniority*), el poder se ve atornillado en las manos de los veteranos, alguno de los cuales, como el senador Helms de North Carolina, son de miedo. Lo único que habría significado una verdadera revolución hubiese sido el conseguir un Senado distinto, pero ya sabemos que eso no se logró, sino todo lo contrario. Los resultados los padeceremos más pronto de lo que imaginamos.

En los Estados Unidos, además, hay un precedente que asusta. Cuando Nixon obtuvo la contundente victoria para su segundo período (sólo Massachussets fue la excepción), los demócratas no se conformaron con lamer sus heridas. No. Montaron el caso Watergate. ¿Qué tal si la historia se repite? Si se me dice que los tiempos son distintos, yo me aventuraría a decir que sí. Los de ahora son peores y el estado de encono y crispación permanentes dan pie a temer cualquier cosa. Además, los políticos norteamericanos han mostrado lo poco que les importa la opinión internacional. Allí



están la Helms-Burton y la Ley D'Amato, y sin dudar las que vienen en camino. Allí cuentan mucho más las razones internas, que cualquier análisis serio y sosegado de las necesidades y posibilidades en la escena internacional. En momentos en que los Estados Unidos están solos como la única gran potencia que cuenta, esa constatación, que estas elecciones remachan, es para meter miedo... y del bravo.

EL CASO CALIFORNIA

Tan pocos analistas se han detenido en el caso de California, que se impone afincarnos en algunos asuntos de especial interés. Muchos no saben que California es el estado norteamericano donde mayor fuerza tiene eso que ahora llaman el "multiculturalismo" y que se expresa en la presencia de grandes números de emigrantes asiáticos e hispanoamericanos (no olvidemos que, después de Ciudad de México, Los Angeles es la mayor ciudad mexicana del mundo), al lado de blancos y apreciable cantidad de negros nativos de varias generaciones o de reciente migración interna. Eso hace de California un polvorín potencial, sólo equiparable a su inestabilidad geológica.

Que la convivencia no es fácil, lo muestran los antagonismos entre coreanos y negros en la zona de Los Angeles y la brutalidad que exhiben las pandillas salvadoreñas y de negros en la misma zona.

Pues bien, allí en ese Estado, el poder blanco más recalcitrante sostiene al gobernador republicano Pete Wilson, que no se caracteriza por su moderación, ni exhibe el "acomodatismo" político de un

Clinton. Todo lo contrario, él exacerba los conflictos intergrupales, llegando al punto de liderizar medidas claramente repugnantes a las minorías. Uno podría decir que ya en su tiempo Reagan representaba lo mismo y lo único que pasó fue que de la gobernación de California saltó, incólume y poderoso, a la Casa Blanca. Eso sería dejar de lado dos consideraciones: la habilidad política de Reagan y el envenenamiento de los tiempos actuales, donde los que padecen al sistema como que no están dispuestos a seguirlo haciendo paciente y resignadamente.

Hace justo dos años, bajo el liderazgo de Wilson, se aprobó en California la famosa Enmienda 187, que negaba la escolaridad a los hijos de inmigrantes ilegales. Eso mostró una cara muy fea del poder blanco, que apareció virulenta con el atropello a inmigrantes hispanos en una concurrida carretera del sur del Estado. Allí comenzó una militancia hispanoparlante que se ha ido acentuando con el tiempo. Ahora, la Proposición 209 (que afinca más el hostigamiento y la expulsión de los servicios públicos de los inmigrantes ilegales) muestra que no sólo las cosas no han mejorado sino que, de hecho, han empeorado. Podemos presumir, entonces, que el "multiculturalismo" será sometido, en ese escenario, a tensiones nunca imaginadas.

Ante estas y otras constataciones que el escaso espacio no nos permite desarrollar, ¿alguien duda de que nada bueno han mostrado estos extraños -y contradictorios- resultados electorales de 1996. ■

Antonio Cova es Sociólogo, Profesor de UCAB.